

# Lluvia lebrijana

Estoy en el kiosko y puedo contemplar la plaza de España con ancianos paseando con sus viejos amigos, niños jugando y haciendo un jaleo en su diversión. Se llegan a escuchar los pájaros a pesar de los chillidos de los chiquillos. Esas voces son algo curiosas porque se llega a escuchar cómo los adolescentes en los bancos comen pipas, aunque lo primero que llegas a oír sean los alegres y achispados gritos de los chicos. Se ve un grupo de ancianos hablando mientras que se expresan con las manos, están serios, pero por alguna razón se les ve felices. Más al fondo unos jóvenes de primaria están comiendo palomitas, un saborcillo corre por mi boca, como si yo también me estuviera comiendo esas típicas palomitas. Un frío roza mi piel abrazándome haciendo que me dé un escalofrío, eso es porque acababa de llover hace unos minutos. Esta sensación de paz, como si en vez de gotas estuvieran cayendo sensaciones pacíficas y tranquilas. La brisa contra mi cara, mis pelos se despeinan como si yo estuviera volando ligeramente contra el viento.

El olor a tierra encharcada activa con rapidez mi sentido del olfato, inhalo y exhalo varias veces. Este olor se disfruta como un niño disfruta su piruleta. Te llena de un vacío, pero este vacío es agradable. Y ahora que me doy cuenta, el cielo está oscureciendo. Las nubes siguen cubriendo como techo a nosotros de la luz de la luna. Ya era hora de volver a casa. Observando cómo la gente cerraba y la gente se iba voy bajando una pequeña casi inexistente colina. Las anaranjadas luces de las farolas se están encendiendo. Al yo pasar es como si lo hicieran por mí pero en realidad es porque era hora de encenderse. Ahora hay que subir una cuesta que da directo al supermercado que seguía encendido pero con las cancelas bajadas. Una cafetería, varias tiendas, ya cerradas adornan el paseo silencioso, pero bastante agradable por la compañía del olor a lluvia de invierno. La mirada de un par de gatos se entierran en mí como si quisieran intimidarme. Después de un trabajo en subir la resbalosa cuesta toca bajar una larga colina, disfrutando aún de este misterioso olor acompañados del sonido de mis arritmados pasos.

Sin darnos cuenta llegamos a una cafetería en la que solía haber gente. Un silencioso lugar en obras y tan sucio que parece un lugar abandonado. Nubes negras difuminadas en el infinito cielo, como algodón, pero con el viento se mueven y dejan ver como brilla la luna blanca como la nieve pero contagiada por las nubes, haciendo que un charco del suelo refleje una luna gris como la plata. Llama mi atención el maullido de un gatito blanco entristecido por la suciedad de haberse manchado con el barro.

Lebrija después de la lluvia es la mejor sensación que siento en mi pueblo, a pesar de todos los sentimientos más que puedo avivar, hasta con el sonido de pájaros lebrijanos. Y así es dar un paseo por este antiguo, pero apreciado pueblo.

*fin*